

La insurrección de Praga
Federico Engels
18 de junio de 1848

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *Periodismo revolucionario*, Ediciones Roca, México, 1975, páginas 17-19; con traducción al castellano (sin citar fuente) de Victoria Pujolar. Publicado en *Neue Rheinische Zeitung (Nueva Gaceta Renana)*, número 18, del 18 de junio de 1848.)

Colonia, 17 de junio. Un nuevo baño de sangre como el de Poznan se prepara en Bohemia. La soldadesca austriaca ha ahogado en sangre checa la posibilidad de una convivencia pacífica entre Bohemia y Alemania.

El príncipe Windischgrätz hace apuntar contra Praga las bocas de los cañones desde las colinas de Vysehrad y de Hradcany. Se concentran tropas y se prepara un golpe de mano tanto contra el congreso eslavo, como contra los checos.

Sensible ante estos preparativos, el pueblo se concentra ante la morada del príncipe y pide armas, las que les son negadas. La excitación aumenta, la masa armada y desarmada crece. Y de pronto, de una vivienda vecina al palacio del comandante, parte un disparo: la princesa Windischgrätz cae mortalmente herida. Se dan órdenes inmediatas de ataque, los granaderos avanzan, el pueblo es rechazado. Pero se alzan por todas partes barricadas para cerrar el paso a los soldados. Se hace uso de los cañones, la metralla destruye las barricadas. Corre la sangre a raudales. Se combate durante toda la noche del 12 al 13, e incluso al día siguiente. Finalmente, la tropa logra ocupar la calle principal y el pueblo es rechazado a los barrios más angostos, donde el uso de la artillería es imposible.

Hasta aquí las últimas noticias. Se añade que muchos congresistas habrían sido conducidos, bajo buena escolta, fuera de la ciudad. El ejército, hasta ahora, habría vencido, parcialmente cuando menos.

Cualquiera que sea el final de la insurrección, una guerra de exterminio de los alemanes contra los checos será ya inevitable. En su propia revolución los alemanes habrán de expiar los pecados de todo su pasado. Los han expiado en Italia. En Poznan, de nuevo, se han hecho merecedores del odio de Polonia entera. Y ahora, a todo aquello se añade Bohemia.

Los franceses, hasta allí donde llegaban como enemigos, han sabido ganarse reconocimiento y simpatía. Los alemanes no encuentran en ningún lugar ni simpatía ni reconocimiento. Incluso en donde se presentan como generosos apóstoles de la libertad, se les rechaza con áspero desprecio.

Y es justo que así sea. Una nación que, a lo largo de su historia, se ha dejado utilizar como instrumento de opresión contra todas las otras, esta nación debe, en primer lugar, mostrar que ha cambiado. Debe hacerlo con algo más que un par de *medias revoluciones* que tienen como único resultado dejar subsistir, con otra forma, la antigua vacilación, debilidad y discordia. Revoluciones en virtud de las cuales un Radetzky continúa en Milán, un Colomb y un Steinäcker continúan en Poznan, un Windischgrätz continúa en Praga, un Hüser continúa en Maguncia, como si nada hubiera pasado. Una Alemania transformada, debe, especialmente en las relaciones con los pueblos vecinos, romper con todo su pasado. Debe proclamar, al mismo tiempo que su libertad, la de los pueblos que hasta ahora ha oprimido.

Y ¿qué es lo que *ha hecho*? Ha ratificado de par en par la antigua opresión de Italia, de Polonia, y ahora hasta de Bohemia, por parte de la soldadesca germana. Ha justificado de lleno a Kaunitz y Metternich.

¿Y los alemanes pretenden que los checos se fíen de ellos? ¿Se puede reprochar a los checos no querer incorporarse a una nación, que mientras se libera a sí misma, oprime y maltrata otras naciones? ¿Puede reprochársele que no quieran mandar delegados a una asamblea como la nuestra, escuálida, cobarde, temblorosa, ante su propia soberanía, como es la “Asamblea Nacional” de Fráncfort?

¿Les reprocharemos romper las relaciones con el impotente gobierno austriaco que, en su ahogo y parálisis total, parece estar allí no para impedir, o al menos organizar, la disolución de Austria, sino tan sólo para constatarlo? ¡Con un gobierno que es demasiado débil para liberar Praga de los cañones y de los soldados de un Windischgrätz?

Quienes son mayormente dignos de compasión son ellos, los valerosos checos. Venzan o sucumban, su ruina es segura. Cuatro siglos de opresión, por obra de los alemanes, que ahora se prolongan en los combates por las calles de Praga, les han arrojado a los brazos de los rusos. En la gran lucha entre el occidente y el oriente de Europa, que estallará en breve, quizá dentro de algunas semanas, una mala fatalidad pone a los checos de la parte de los rusos, de la parte del despotismo contra la revolución. La revolución triunfará, y los checos serán los primeros en verse aplastados por ella.

La culpa de este trágico fin para los checos recae, una vez más, sobre los alemanes. ¡Son ellos quienes los han traicionado, entregándolos a Rusia!

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es